

Los hombres comentaban de diversa manera lo que Monjoyeux llamaba su sátira de accion.

—Es un loco! decian unos.

—Es un sabio! decian otros.

Entretanto la señora Venus se habia levantado para decir que queria hablar á su vez.

XXIX.

HISTORIA DE LA SEÑORA VÉNUS.

—Un instante, señoras honradas, dijo, tomo la palabra y deseo que me escuchéis.

Aquellas mujeres, mucho mas curiosas que indignadas, se volvieron hácia la señora Venus.

Esta habia sufrido las rudas frases de Monjoyeux, como se sufre un golpe imprevisto. El primer sentimiento es el del desmayo; pero luego el corazon se anima, las sienas se inflaman, y la venganza afila sus dientes.

Por mas que se sintiese arrastrada por su temperamento, la jóven se habia contenido porque habia amado á Monjoyeux y sentia la adoracion que le inspiraba su génio: no queria, porque era generosa, atravesarse en su camino para cortarle su golpe de efecto segun se dice en el teatro. Ella, á su vez, se reservaba el derecho de representar su papel.

Cuando tomó la palabra, la jóven se ruborizó, la sangre le subió á la garganta, y estuvo próxima á no poder decir nada; pero despues de esta sacudida, volvió á encontrar sus fuerzas.

—«No os imaginéis, señoras, dijo tratando de sonreír, que vaya á dejarme degollar como una paloma en el altar del sacrificio. Monjoyeux es un gran cómico como es un grande escultor: necesitaba una mujer para representar su papel, y me ha tomado á mí, allí donde me ha encontrado.

»Pero esta mujer no era una cualquiera: yo quería representar también mi papel, y yo, también deseaba vengarme.

»Estais ciertas, señoras, de que entre el labio y la copa, no media un abismo? Se dice á la doncella: «Es-te lecho nupcial se llama la Virtud: tu no amarás al que tu amas, sino que te casarás con el que tú no amas.» Esta es la ley del mundo, desde que el rey del mundo se llama el dinero. El odioso dinero, decís vosotras, y yo digo, la odiosa pobreza; entre el dinero y la pobreza, median todos los crímenes.

»Yo no quiero humillaros hasta el punto de decir lo que yo soy. Soy una doncella, pero al mismo tiempo soy mujer. Yo guardo mi secreto. Cualquiera que haya sido la caída, sabedlo bien, el corazón guarda siempre para Dios un latido. Cuanto mas profunda es la noche, mas hácia el cielo se dirige el alma.

»Adios, señoras: no dudo que todas vosotras sereis virtudes inaccesibles. Quizá alguna de vosotras al volver por la noche á vuestra casa cerrará el cuarto de su hija, no para guardar esa niña de las esechanzas de los hombres en su lecho virginal, sino para

preservarla del amante de la madre que se oculta en el lecho del marido.»

Las mujeres no la escuchaban; las mas habian salido; las otras conversaban con los hombres.

Mas á la sacrificada no la habian faltado oyentes formales.

Todo el mundo se miraba y se preguntaba el secreto de esta comedia.

—Señor de Parisis, dijo la señora Vénus, no quiero comunicar mi secreto á nadie escepto á vos.

Estas frases alejaron los últimos convidados.

—Y ahora que estamos solos, dijo Parisis cogiendo la mano de la jóven, me confiareis el secreto de vuestra vida.

—Os lo diré todo, porque habeis necesitado de un gran valor para continuar á mi lado despues de tantos sarcamos; pero no permanezcamos aquí, frente los restos de este odioso festin, que es para mí una orgia del espíritu y no de los labios.

Los criados que habian sido despedidos, habian vuelto poco á poco, y parecian preguntar á quien debian obedecer.

—Retiraos, dijo la señora de la casa con voz dulce y tranquila: no necesito sino mi doncella que encontraré arriba.

Y pasó delante de Octavio.

El duque habia sufrido mucho á consecuencia de los golpes que con mano brutal se habian dirigido á aquella jóven. Habia necesitado de gran valor para

continuar á su lado mientras los otros habian evitado su presencia. Hasta arriesgaba manchar su dignidad heráldica. Por la noche podia entregarse á sus locuras nocturnas con sus amigos; pero en sociedad conservaba siempre su dignidad de hombre de mundo.

En lo alto de la escalera del primer piso, despues de haber cruzado una antesala, la señora Vénus se volvió hácia él y le hizo una seña para que se sentara en el divan de un saloncito dulcemente iluminado por una lámpara pompeyana.

—Me estraña, dijo, que me pidais el secreto de mi vida: no lo habeis adivinado, vos que me habeis sorprendido en Baden?

Octavio habia reconocido á Angela desde que se habia desmayado, bien como si hubiese dejado caer la máscara de inocencia con que se habia cubierto.

—Sois vos! lo creo y no lo creo.

—Os consta, sin embargo, que el arte de una mujer puede hacer, deshacer y rehacer su semblante.

—Sí, dijo Octavio, cambiando el color de sus cabellos, acentuando sus cejas, variando la belleza para cambiar la espresion. Cómo! sois vos!

—Sí, yo habia jurado que no me volveriais á ver nunca; que no hariais la luz sobre lo que ocurrió en Baden aquella noche; que una vez en mi vida por lo menos, yo conservaria algun prestigio en el recuerdo de un hombre galante. Pero nuestro encuentro en casa el juez de instruccion hubo de echar esta ilusion por tierra.

—Me habeis calificado de hombre de talento, y hé aquí por qué reconozco que todo es imposible y todo es inverosímil. Halladme dos rostros semejantes, y entonces os concederé que hay dos almas semejantes: el corazon de cada mujer es un mundo. Si Dios existe ha creado lo infinito, el corazon es una gota de sangre de Dios, un diamante de púrpura que refleja todos los mundos.

—No vayamos tan léjos para hablar de mí; mi historia es muy sencilla: os la voy á relatar con el abandono de una pobre jóven que se halla en el confesionario.

Angela levantó sus ojos como para encontrar las sinuosidades del pasado. Octavio se recostó en un almohadon, fijando en la jóven sus miradas.

—Habeis conocido nunca la pobreza, mi buen amigo? preguntó Angela.

—Desde léjos; pero no la conozco.

—Pues bien, tendreis mucho trabajo en comprenderme. El que no ha cruzado la negra miseria, como dicen los pobres, la miseria que tiene hambre y que tiene frio, no tiene conciencia de las angustias del infierno. El pobre no existe, y sin embargo, pasa por todas las existencias. El pobre es un desconocido que nadie quiere recibir, porque llega á la vida sin cartas de recomendacion. Yo me llamo Angela-Elena de La Roche-Parmailles. Os doy el nombre de mi padre, el baron de La Roche-Parmailles, porque sois un hombre honrado y porque lo comprendeis todo. Nunca lo

he revelado á nadie. Algunas veces he tomado el nombre de Montrigeac que fué uno de los feudos de mi familia. Donde están los feudos? Donde está la familia? La primera revolucion suprimió los feudos, la que viene suprimirá la familia. Mi padre no era rico: era tan solo guardia de corps, cuando se casó con mi madre. En 1830 colgó su espada y se hizo noble de provincia. Pero él amaba mucho á mi madre y mi madre amaba á Paris; vendió el modesto patrimonio de Parmailles á fin de complacerla. Fueron á Paris y tomaron casa en la calle del Bac, esquina á la de Varennes, en la misma casa donde yo he visto morir á la señora Dorval. Pobre mujer! acariciaba mis cabellos sin sospechar que yo seria aun mas desgraciada que ella, por mas que el dolor la matara. Nunca habia dinero en casa: mi padre queria figurar entre sus antiguos compañeros, y mi madre queria frecuentar el mundo. El capital era limitado y solo quedaban ochenta mil francos, cuando se les arriesgó para buscar fortuna. Aunque mi padre continuara siendo orgulloso, se dejó convencer de que podia, sin rebajarse, formar sociedad para establecer una fonda, la fonda de***, donde no debia parecer nunca. Entre dos sócios hay casi siempre un estafa, aquel que no presta el dinero. A los dos años el sócio tenia ochenta mil francos y mi padre no tenia mas que deudas. Este desastre hizo que mi padre muriera.

Mi madre, que era aun mas desgraciada que culpable, procuró consolarse. Cuando las mujeres no en-

gañan, resultan siempre engañadas. Mi madre era leal, arriesgó su virtud y dió sus últimos dias de belleza; se le habia prometido una fortuna, creyó en los contratos del corazon y se la pagó con una carcajada. Se refugió, desesperada, á casa de una de sus amigas de la calle de Montmartre. Yo tenia entonces catorce años. Ya adivinareis lo que yo podia aprender con aquel cuadro y aquel ejemplo. No habia en el mundo un alma que velara por nosotros.

Vivíamos con aquella mujer. Qué pan tan amargo era el nuestro! Entraban y salian hombres; yo comprendia á medias; yo estaba sublevada: mi madre se sublevaba contra sí misma, puesto que no queria descender tan bajo.

Con las últimas alhajas se pudo alquilar un cuarto. Mi madre cogió una aguja y trabajó heróicamente desde el amanecer hasta la noche, pues la luz comprada cuesta demasiado cara.

Yo iba á hacer oposiciones para entrar en el Conservatorio, pero mi maestra de piano, una mujer mala, creyendo que nuestra miseria no era real y verdadera, quiso ser pagada y me abandonó. Era la última tabla de salvacion. Se nos habia concedido algun crédito en la creencia de que yo era ya una artista; pero todo el mundo nos cerró las puertas.

Me eché en brazos de mi madre y lloré por mucho tiempo. Mi madre lloró aun mas que yo. Yo veia como sus hermosas lágrimas caian sobre su labor, pues no tenia derecho á llorar cruzada de brazos.

Oh! los trabajos forzados no son los del presidio de Tolon: son los del presidio de Paris.

Yo tambien cogí una aguja y trabajé con mi madre. Total: treinta sueldos al dia. Y ni una sola hora para levantar la cabeza, ni una sola hora, escepto el domingo, cuando íbamos á ocultarnos tras una columna para oír misa en Nuestra Señora de Loreto. Éste era nuestro único lujo. Yo disimulaba los estragos de mi vestido andando estrechamente cerca de mi madre. Pronto no nos fué posible salir juntas; no teníamos sino un vestido.

Rogué á Dios; pero si Dios nos auxiliara, donde existiria la virtud? Dios está en nosotros cuando nos enseña el bien y el mal; Dios es la conciencia.

Oré aun, oré siempre: yo no podia creer en que se pudieran sufrir tantas pruebas. Tuvimos que sufrir el hambre y el frio, todas las miserias, todas las humillaciones. Cuando se habla de todo esto á la gente rica, no comprende nada: es como aquellos viajeros que no ven mas que las riberas de un país, sin adivinar sus desiertos, sus abismos y sus volcanes.

Mi madre y yo nos engañábamos: volvíamos á recobrar en nuestros lábios para mirarnos la sonrisa de nuestros mejores dias. Esta última espresion de mi madre sonriendo en su dolor mortal se ha quedado profundamente grabada en mi alma: la veo así constantemente como aquellas santas mujeres que iban al suplicio con una llama divina en los ojos, porque iban á él por la gloria de Dios.

Con frecuencia se me ha hablado de la Caridad, y hasta la he visto pintada; mas os juro que durante nuestra miseria la Caridad no se presentó ni una sola vez á nuestra casa.

Me equivoque: cierto dia entró en ella una mujer que traía oro en sus manos y que habló á mi madre: yo no comprendia bien y traté de abrazar á aquella mujer; pero luego lo comprendí todo: venia allí para proponer á mi madre que vendiera mi corazon, que vendiera mi alma.

Los pobres esclavos que se venden en Oriente no dan su alma porque no conocen su alma; pero la mujer cristiana el dia en que vende su cuerpo da su parte en el paraíso.

Ya comprendereis que mi madre echó de casa á aquella mujer odiosa; pero aquel fué el último golpe. En aquella misma noche, cuando mi madre se acostó mas temprano de lo que acostumbraba fué para no levantarse mas. Yo no podia creer en la posibilidad de su muerte: por espacio de tres semanas aquello fué una agonía no solo para ella sino para mí misma. Velé á mi madre todas las noches; de dia yo caía muerta de fatiga al pié de su lecho. El médico no vino mas que dos veces, por mas que me hubiese prometido que vendria con frecuencia; pero aquel no era el médico de los pobres. Algunas vecinas me concedian de vez en cuando cinco ó seis minutos; pero yo estaba casi sola. Cierta mañana mi madre pareció que se reanimaba.—«Ah! dijo, si me trajeses naran-

jas y uvas, me parece que esto me aliviaria.»—Yo no tenia un sueldo; pero cogí mi sombrero y mi abrigo, bajé aprisa y corrí hácia aquella prendera que habia venido á visitarnos. Vivía cerca, en la calle Fontaine-Saint-Georges. Antes de entrar en su tienda me detuve enfrente de otra donde se vendian frutas y donde ví naranjas y uvas. Ah! pensaba yo, cuan feliz harian á mi madre. Las uvas eran magníficas por mas que estuviésemos en enero; se habia entreabierto una caja por la cual parecian llamarme con su hermoso color dorado.

Por fin llegué á casa la prendera. Que hé de decirlos? No iba allí para hacer cumplidos: el sacrificio estaba ya consumado. Habia pedido perdon á Dios; guardaba mi alma; pero arrastraba mi cuerpo á la impureza.

Lo que mas me indigna y me subleva es que para tan odioso sacrificio se encuentra siempre un hombre. El que vino aquel dia no era, como frecuentemente sucede, un viejo que quiere volver á la juventud; era un jóven que iba en busca de emociones á la manera con que ciertos niños crueles, matan una paloma á cuchilladas. Aquella horrible profanacion de un pobre jóven que en aquel momento creia en todo, pero que desde entonces no ha creido en nada, tuvo lugar en la trastienda de la prendera. Yo miré con estupor aquel mancebo. Sabeis en que consistia su voluptuosidad? En mis lágrimas, en mi espanto, en mis sollozos. Paris contiene millares de Heliogábalos.

Al llegar aquí Angela se interrumpió.

Parisis observó que la jóven sentia aun todo el horror de su atentado; habia palidecido, la fiebre la agitaba y de sus lábios salian de cuando en cuando, gritos de venganza.

Levantóse, y dió algunos pasos con la actitud de una musa trágica.

—Así estais hermosísima, dijo Octavio:

—Os pido mil perdones, replicó ella; creí que estaba sola; tan léjos habia ido en el pasado.

Volvió á caer sobre un sillón.

—«Mi madre, prosiguió, tuvo sus uvas y sus naranjas. Comió una naranja y un racimo de uvas sin sospechar que me costasen tan caros. Luego, de pronto, como si le hubiese ocurrido la idea de lo que á mi me costaba, tiró lo que quedaba y cayó en el delirio. En aquella misma noche murió.

»Yo tenia aun ciento ochenta francos; este dinero no me quemó por mucho tiempo las manos; mi madre no fué enterada en la fosa comun: pero ay! que su sudario no quedó por esto menos manchado puesto que era el precio de mi honra!

»Ya comprendereis mi horror á todas las cosas, principalmente cuando al acompañamiento fúnebre de mi madre, solo asistió la prendera. Quien la hubiese visto rogar á Dios, hubiera creido que Dios la inspiraba.

»Por mas que entonces yo fuese como una mujer de nieve, era de carácter enérgico. Resolví vengar-

me. Dios me había abandonado demasiado para que, á mi vez, yo no abandonase á Dios. Se me ha dicho que vos erais ateo: pues bien, cuando yo me arrodillé sobre la tierra que cubria mi madre, yo no encontré una plegaria. Fuí lógica, toda vez que, para mi, Dios no existia, que el mundo era un mercado de tunos, que el dinero llevaba la razon en todo y que la virtud no era mas que una leyenda; erguí mi cabeza con desden y con aire burlon, dije á la prendera: «Y ahora que Dios me ha arrebatado mi madre, y que vos »me arrebatasteis mi alma, que me queda?—Yo seré »tu madre, dijo.»—Al oír esta frase me aparté de ella con horror.

»Ni siquiera entré en mi casa. El cielo tocó aun mi corazon: me dirigí con paso firme al convento de Santa Ana, donde van las arrepentidas. Mas allí no habia ni una celda, ni una cama de paja. Entonces resolví vengarme de semejante sociedad que no tiene ni un lugar donde trabajar ni un lugar para rogar á Dios. Cogí una licencia para entregarme al vicio legal.

»Me vengué de mí, en mi misma: dije en alta voz mi nombre; me equívoco: solo revelé mi nombre de pila, el de Angela, nombre apropósito para aquel oficio, y al cual añadí el apellido del hombre que me habia dado el horror á la humanidad, dándome el horror al amor. Llamábáse Marsillon; he aquí porque en Baden me conocísteis bajo el nombre de la señora Marsillon.

—Ah! sí: explicadme vuestro rostro en Baden.

—Como! no comprendisteis? En Baden me visteis con el rostro natural. Tres veces, durante tres años, me he concedido un mes para respirar un poco de aire vivo en la vida. El primer año fuí á los baños de Ostende; el segundo á los Pirineos; el tercero á Baden. Entonces, por espacio de un mes, yo me convertia en mujer honrada, en el sentido mas riguroso de la frase. Así pues, en Baden no representé una comedia. Si vos no hubieseis despertado en mí un sentimiento del amor sobre el estiércol de mi cuerpo, yo hubiera resistido estoicamente. Vos observasteis como al siguiente dia, yo huí avergonzada de mi derrota, porque me habia jurado á mi propia, no manchar mis vacaciones.»

—Sois un mujer bien estraña! dijo Parisis. Sabeis que sois admirable, así en vuestras decadencias hácia el vicio, como en vuestras regeneraciones á la virtud?

—No, no soy admirable: tengo el valor de mi situacion, y al valor de mi situacion se une el de mi corazon. Lo que me sostiene cuando me mancho, es la idea de la venganza: lo que me regenera ante mi misma, es que en medio de todas esas infamias, he conservado mi alma orgullosa. Habeis leído *Rolla*?

—Si he leído *Rolla!* la sé de memoria.

—Pues bien: hay allí versos que entran en mi vida como flechas de oro. Debo deciros que en cierta noche, Monjoyeux quiso terminar conmigo, como el

héroe de Alfredo de Muset; pero yo tambien queria morir: esto fué lo que le salvó, pues, esto de morir los dos, lo halló melodramático. Lo que hay en esto de extraño, es que yo no he sido para él, mas que un estudio y un modelo. Aun antes de que me tomase para representar su gran comedia, yo habia frecuentado su taller. Me encontró muy hermosa; pero la admiracion del artista no fué turbada por el amor á lo voluptuoso. Con frecuencia me habia visto en el salon de conversacion con las demás mujeres, sin que hubiese ido mas lejos. Solo una vez, subió á mi cuarto, donde, á pesar mio, le abrí mi corazon; en aquella noche estaba desesperado, queria morir y quiso adoptar mi modelo para esculpir el mármol de su tumba; pero, segun ya os dije, yo queria tambien morir, y de ahí que no se suicidara. Seis meses despues, vino á mí y me dijo al oido: «Tú aquí te vendras de la humanidad, y yo tambien quiero vengarme: quieres representar un gran papel?»

»Ya sabeis lo demás: yo no queria eternamente aclimatarme en aquella atmósfera: por mas que hiciera, no podia descender mas bajo; experimentaba una viva simpatia hácia Monjoyeux, y le juré que yo seria para él, como una esclava, á la cual hubiese comprado. Fuí pues, para todo el mundo, escepto para él, la señora Monjoyeux.»

XXX.

EL TÉ DE LA SEÑORA VÉNUS.

Angela suspiró, é inclinó al pecho su cabeza.

—O mejor dicho, añadió, yo fuí para todo el mundo, la señora Todo-el-Mundo, ó la señora Venus, segun Monjoyeux me llamaba.

—Así, pues, dijo Octavio, tomasteis vuestro papel por lo serio?

—Ciertamente: aquello no fué un simulacro. Jamás Danae vió caer tanta lluvia de oro. Monjoyeux, en aquel juego burlon, terrible, insensato, me echaba en brazos de cualquiera, con tal de que sus manos estuviesen llenas de oro, de diamantes ó de condecoraciones. Yo no hallaba extraño el hacer lo que hacia por un puñado de oro, siendo así que ya lo habia hecho por uno de plata.

—Debo confesaros que yo no creia que la mujer, por hermosa que fuera, pudiese hallar el camino de Corinto.

—Mi querido duque, vivís en las viejas ideas. Paris no tiene sino escépticos cual vos, hombres de pa-